

ATROCIDADES INGLESA¹

Entre la reciente proliferación de libros y artículos que repasan los fines y prácticas del imperio, hay dos obras que sobresalen por su minucioso análisis del colonialismo británico en Kenia: *Histories of the Hanged*, de David Anderson y *Britain's Gulag*, de Caroline Elkins, en las que se narran hechos nunca antes mencionados con respecto al estado de emergencia decretado durante la rebelión Mau Mau. La primera ofrece un estudio general de la rebelión, y esta última se basa en la represión sufrida por los kikuyu, particularmente en los campos de detención, por los cuales pasaron al menos 160.000 africanos entre 1952 y 1960. Anderson, un africanista británico, ha escudriñado una parte sustancial de los archivos judiciales de Mau Mau ubicados en el Archivo Nacional de Kenia, y al reconstruir una versión detallada de la rebelión, nos ofrece un retrato vivo de la lucha por Nairobi. Su *Histories of the Hanged* es hasta ahora el mejor libro publicado sobre el estado de emergencia en Kenia. La intención original de Elkins, que trabaja en Harvard, fue abordar su tesis doctoral desde «la historia del triunfo de la misión civilizadora británica en los campos de detención»; sin embargo, al comprobar que se habían destruido sistemáticamente los archivos oficiales británicos durante la independencia de Kenia en 1963, tuvo que conseguir información sobre el estado de emergencia a través de los testimonios orales de los kikuyu. En las entrevistas realizadas a unos trescientos hombres y mujeres que conforman gran parte de su libro mordaz, Elkins descubrió una sucesión atroz de penurias, abusos, torturas y asesinatos.

Ciertamente, Anderson y Elkins, no son los primeros en desvelar la dimensión y el horror de la respuesta británica a la rebelión ocurrida bajo el mandato de Sir Evelyn Baring, descendiente de la dinastía banquera inglesa e hijo del cónsul general británico en Egipto. La brutalidad de estas prácticas imperiales es comparable con la represión de los United Irishmen durante la década de 1790 y de los indios amotinados en la década de 1850. El estado de emergencia, además de inspirar obras como la de Ngugi wa Thiong'o,

¹ David ANDERSON, *Histories of the Hanged: Britain's Dirty War in Kenya and the End of the Empire*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 2005. Caroline ELKINS, *Britain's Gulag: The Brutal End of the Empire in Kenya*, Londres, Jonathan Cape, 2005.

A Grain of Wheat, ha sido tema de investigación académica durante las últimas décadas, sobre todo en Kenia. Mientras que estudios como el excelente *Mau Mau: An African Crucible* (1990), de Robert Edgerton, pasaron virtualmente desapercibidos para la conciencia dominante en su momento, los dos libros reseñados se han consolidado como obras de referencia. ¿A qué se debe este cambio? Gran parte de la repercusión de los estudios de Anderson y Elkins se debe a una nueva conciencia del imperialismo británico, provocado por la participación del gobierno de Blair en la invasión de Iraq. Los fantasmas de Abu Ghraib, Falluya, y la brutalidad ejercida sobre los presos de Basora por parte de las tropas británicas, cobran vida en estas páginas, en las que el bochornoso antecedente ocurrido en Kenia recibe la atención merecida.

La revuelta del grupo Mau Mau fue en gran parte una respuesta a la usurpación de tierras por parte de los colonos en Kenia. A partir de 1902, los asentamientos se multiplicaron con el propósito de financiar el elevado coste de la construcción del tramo ferroviario Mombasa-Lago Victoria, fomentando el desarrollo del comercio agrícola en la colonia. En 1895, los británicos establecieron el Protectorado de África Oriental, y en 1920, instauraron un gobierno directo. La construcción del ferrocarril corrió a cargo de inmigrantes asiáticos, que representaban para el imperio mano de obra fiable tanto en la administración como en el sector servicios. Sin embargo, al igual que en Rodesia, los asentamientos blancos eran el núcleo de la política imperial. Después de la Primera Guerra Mundial la colonización creció a un ritmo constante hasta que en 1945 se aceleró de manera brusca, multiplicándose la población de colonos de 21.000 en 1938 a 40.000 en 1953, los cuales poseían alrededor de 2.500 granjas. Es sorprendente que la población de colonos se duplicara durante el transcurso del estado de emergencia, prueba evidente de la intención del gobierno colonial de perpetuar su dominio. Gracias al sistema de gobierno independiente de Londres y a la jerarquía racial fomentada, los colonos blancos se convirtieron en los actores con más poder de la política keniana, negando cualquier tipo de concesión a la mayoría negra cuyas tierras fueron usurpadas. Los kikuyu, que sumaban 1,4 millones a finales de la década de los cuarenta, fue el grupo étnico más perjudicado por la colonización blanca, azotados por la creciente hambruna provocada por falta de tierras y por la reducción de los salarios, cuando los asentamientos blancos les obligaban a desalojar sus tierras fértiles. Frente a la imposibilidad de poseer tierras fuera de las Reservas Nativas, los kikuyu se vieron obligados a principios de la década de los treinta a elegir entre tres formas de miseria: regresar a las escasas y reducidas tierras de las Reservas, trabajar como arrendatarios precarios en tierras de propiedad europea fuera de las Reservas, o sumarse a las masas que llegaban a las barriadas ubicadas en el este de Nairobi en busca de empleo.

El auge agrícola verificado durante la Segunda Guerra Mundial favoreció el dominio de los colonos sobre el sistema político, haciendo todavía más improbable cualquier tipo de compromiso con el movimiento nacionalis-

ta moderado que había surgido en la década de los veinte liderado por personajes como Jomo Kenyatta. A principios de la de los cincuenta, se había constituido un espacio para el desarrollo del movimiento revolucionario de masas entre los kikuyu, conocido en su acepción británica como Mau Mau, aunque ha tenido otras denominaciones y con frecuencia sus integrantes se referían a él simplemente como «el Movimiento». Entre los protagonistas clave destacaron los activistas sindicales, especialmente en la época de la huelga general de 1950; también desempeñaron un papel importante los ex soldados, que se habían radicalizado en el movimiento anticolonial en la India durante la Segunda Guerra Mundial. Waruhiu Itote, mejor conocido por su nombre de guerra, «El general China», hace mención en sus memorias a la influencia que tuvo en él la Revolución de Haití narrada por un soldado afro-americano.

El Movimiento se nutrió a partir de tres fuentes coexistentes. En primer lugar, el amargo resentimiento que había medrado en las Reservas contra los colonos y jefes asignados por los británicos quienes ascendían gracias a su colaboración con las autoridades. La segunda fuente de apoyo consistía en familias «ocupas» kikuyu que se habían trasladado a granjas de blancos en los despeñaderos o a tierras de colonos para trabajar como agricultores arrendatarios, pero cuyos salarios y nivel de vida habían empeorado dramáticamente desde la década de los cuarenta cuando poco a poco fueron expulsados, desalojados, y forzosamente «repatriados». Éstos conformaban el eje principal de la insurrección campesina, cuyas fuerzas guerrilleras eran conocidas como el Ejército de Tierra y Libertad. A éstas se sumaba una tercera fuente de apoyo urbana compuesta por kikuyus residentes en Nairobi que o bien estaban desempleados, o trabajaban como ferroviarios, vendedores ambulantes, conductores de taxis, o porteros. Estos activistas se encargaron de que Nairobi fuera, dicho en palabras de Anderson, «el corazón palpitante del Mau Mau».

El método particular de reclutamiento que utilizaban estos rebeldes consistía en la práctica de juramento, tradición kikuyu creada para aumentar la solidaridad en momentos conflictivos, y que fue retomada por los ocupas que resistieron desalojos a mediados de la década de los cuarenta. Esta práctica se extendió hasta Nairobi y las Reservas, y en su proceso se convirtió en juramento de fidelidad a la resistencia anticolonial, solo quebrantable con la muerte. Posteriormente la propaganda británica retrataba los rituales de la ceremonia de juramento como actos retrógrados y atávicos propios de gente semisalvaje. Concretamente, Anderson, repara en el componente coercitivo inherente a dichos juramentos. Sin embargo, es evidente que ya en 1951, el Movimiento gozaba de un amplio apoyo de masas entre los kikuyu. Posteriormente los militantes del Movimiento arrancaron de las manos de los moderados el control del Sindicato Africano en Kenia y empezaron a abastecerse de armas y dinero, a menudo a través de medios delictivos, para así prepararse para la lucha armada anticolonial. Frente a las incursiones y ataques contra los colaboradores, el gobierno respondió imponiendo multas colectivas a las poblaciones. La violencia

aumentó durante 1952 hasta que en octubre del mismo año, tras el asesinato del gran jefe Waruhiu, Baring, el recién llegado gobernador de la colonia, se vio obligado a declarar el estado de emergencia.

Los británicos se toparon frente a un movimiento clandestino revolucionario del cual poco sabían y en cuyas filas se habían alistado la gran mayoría de los kikuyus. Además su influencia prometía extenderse a otros grupos étnicos. Baring siguió la línea de los colonos, es decir, todo nacionalista africano era acusado de «Mau Mau», y siguiendo ese criterio apresó inmediatamente a Kenyatta, acusándolo de responsable de la rebelión cuando éste en realidad era uno de sus principales detractores. Aunque en principio los británicos creyeron que las operaciones de acordonamiento y búsqueda, combinadas con detenciones masivas, decapitarían el Movimiento provocando su rápido colapso, éstos pronto perdieron sus esperanzas de volver a la normalidad. Para entonces, el movimiento mantenía la iniciativa en Nairobi, donde dominaba distritos africanos y organizaba boicots al transporte público y a los negocios de los colaboracionistas. Anderson describe cómo los militantes urbanos «habían logrado transmitir su mensaje a las masas kikuyu sin educación y analfabetas» apelando a la solidaridad étnica, «pero también a la naciente conciencia de clase de los desempleados, desfavorecidos, y desposeídos». Esto demostró ser una «mezcla potente». Una de las grandes virtudes de la narración de Anderson es su capacidad de relatar historias de gente de a pie. Por ejemplo, nos cuenta el caso de Kariithi Muthomo, un activista detenido cuando iba en camino de cometer un asesinato en enero de 1954, traicionado por Hussein Mohamed, informante de la División Especial, que lo entregó por una «atractiva remuneración de 100 chelines al mes», mientras que el salario medio africano rondaba los 77 chelines. Dispararon a Mohamed a plena luz del día por su traición y lo dejaron morir en la calle. Por otro lado, cuando sentenciaron a Muthomo a la horca por posesión de un arma de fuego, éste replicó al juez de forma desafiante, «muero por mi tierra y por ese motivo no temo morir».

El hombre que abatió la rebelión en Nairobi fue el general George Erskine, que había participado en Palestina contra la insurgencia sionista. La Operación Anvil empezó el 24 de abril de 1954 y duró un mes. Las tropas británicas y los hombres de la Reserva de Policía de Kenia, fundamentalmente compuesta por colonos, sometieron a la población africana de la ciudad a redadas y registros personales, lo que dio lugar a más de 24.000 kikuyus detenidos en campos improvisados con alambre de púa. Como señala Anderson, «cuando menos se trataba de una cantidad asombrosa, pues casi la mitad de los kikuyus de la ciudad habían sido apresados sin ningún juicio» por falta de documentación, o por poseer una tarjeta del sindicato, o tras ser descubiertos por informantes secretos. Se acometió la ofensiva antes de que el movimiento tuviera la suficiente fuerza para resistir tal golpe, y aunque contaba con el apoyo necesario para suponer un desafío firme en las zonas rurales, nunca estuvo tan bien armado u organizado como para tener perspectivas reales de victoria.

En 1957, el Ejército de Tierra y Libertad se encontraba paralizado en los bosques centrales y, en términos militares, lejos de la derrota.

La Operación Anvil fue el punto de inflexión de la lucha, y Anderson lo trata con toda justicia. No obstante, si bien se refiere a la campaña de «concentración forzosa en poblados» que empezó en junio de 1954 como «la medida más punitiva» llevada a cabo por los británicos, es una narración superficial de algo menos de una página. Resulta una omisión considerable, pero, afortunadamente, Elkins la cubre al identificar el reasentamiento forzado de los kikuyu como un elemento clave de la contrainsurgencia. En este caso, los británicos se inspiraron en la experiencia malaya, reproduciendo los métodos del general Templer utilizados contra las guerrillas comunistas. A finales de 1955, se había expulsado a más de un millón de kikuyus de sus terrenos para repartirlos en 804 asentamientos alambrados, en un intento de aislar a los luchadores anticoloniales de sus seguidores, una década antes de que Samuel Huntington introdujera poblados estratégicos en Vietnam. Ruth Ndegwa narra a Elkins su experiencia:

No habíamos recibido ningún aviso de antemano de que incendiarían nuestras casas. Ninguna persona en toda la sierra sabía que se nos trasladaría. Simplemente un día llegó la policía y desalojaron a todo el mundo de sus hogares, mientras los guardias quemaban las viviendas que íbamos dejando atrás. Incendiaron nuestras pertenencias domésticas, incluyendo los productos comestibles como maíz, patatas, y judías que estaban almacenados en nuestras tiendas. Lo quemaron todo, hasta nuestra ropa. Sólo se salvaba lo que una llevaba puesto ese momento.

Obligada a separarse de sus hijos, esta mujer fue trasladada al «poblado protegido» de Kiamariga, para descubrir que ella misma, junto a otros recientes pobladores, tendrían que construir el pueblo. Estas kikuyu, principalmente mujeres y niños, fueron sometidas a trabajo forzado para construir sus propias cabañas y para levantar cercos que antes que mantener a los rebeldes fuera del poblado, cumplían la función de mantenerlas a ellas encerradas dentro del mismo. Mientras duraba la construcción, contaron a Elkins que «dormían simplemente en el suelo». Se vieron sujetas a un régimen policial mucho más restrictivo que el aplicado en el *apartheid* de Sudáfrica. La disidencia era inevitablemente castigada con palizas, violaciones, torturas y asesinatos. La hambruna y las enfermedades asolaron las nuevas poblaciones. Elkins se encontró con que ésta era la realidad de la misión «civilizadora» británica.

Sin embargo, el título de la obra de Elkins no proviene de estos poblados-prisiones, sino de una red de campos de detención y trabajos forzados que para 1955 la administración de Baring había establecido, y que eran conocidos sencillamente como «el conducto» [*the Pipeline*]. Aquí se instituyó un sistema espantoso de reeducación inspirado en el antropólogo Louis Leakey y el «etnopsiquiatra» Dr. J. C. Carothers. Leakey afirmaba que se podía disolver el juramento Mau Mau a través de un proceso de confesión, segui-

do por una «ceremonia de limpieza». Se pretendía que los detenidos avanzaran por «el conducto» pasando primero por los crueles centros de detención, donde se les torturaba hasta que declaraban haber hecho el juramento, para luego llegar a la rehabilitación mediante trabajos forzados, aunque hay que reconocer que en ocasiones su obstinación podía invertir el proceso. Debido a la destrucción sistemática de archivos relativos a Kenia de la Oficina Colonial es imposible saber el número de campos que existieron y la cantidad de personas que fueron detenidas en ellos. Elkins concluye que hubo más de cien campos, pero reconoce que a título individual los jefes y colonos leales a la corona también infligían sus propios centros de castigo e interrogatorio. A esas alturas del estado de emergencia se había detenido sin previo juicio a cerca de 80.000 africanos, en su inmensa mayoría kikuyus, aunque también había otros como los masai y kamba. Como bien señala Elkins, esta fue la cifra más elevada alcanzada en un momento puntual y no constituye la suma de todas las detenciones, la cual la autora estima podría rondar entre 160.000 y 320.000.

Los presos eran sometidos rutinariamente a torturas extremas. Algunos de los ex colonos entrevistados por Elkins han hablado de cómo se mutilaba brutalmente, incluso se castraba y torturaba hasta la muerte a los presos, con el mismo tono de consternación como si hablaran del tiempo. Las fuerzas de seguridad británicas nunca asumieron responsabilidad por sus acciones, las cuales se asemejan a las de la GESTAPO en el mejor de sus casos. En 1954, se hizo un breve intento de hacer una limpieza de la Policía de Kenia, con la intervención del inspector de la policía, Arthur Young, que reorganizaría las fuerzas, tal como lo había hecho en Malaya. Sin embargo, transcurrido un año, dimitió indignado por los métodos utilizados por la Policía de Kenia y el apoyo ofrecido por Baring. Uno de los subordinados de Young confesó en privado a Barbara Castle, parlamentaria laborista, que las condiciones de los campos de internamiento, eran «peores de lo que él mismo había vivido en los campos de prisioneros de guerra japoneses». Castle, junto a otros miembros de la oposición, intentaron confrontar al gobierno conservador, que tan eficazmente había aprobado la conducta de las fuerzas de seguridad, y estaba involucrado en un determinado encubrimiento. Sin embargo, recibieron poco apoyo por parte de los escaños laboristas. Al fin y al cabo, Attlee se inclinaba más por consolidar que por renunciar al Imperio tras la pérdida de la India. Además, no sólo los conservadores sentían la necesidad de proteger las vías coloniales británicas.

Los campos de detención y los poblados alambrados de ningún modo consiguieron agotar el repertorio británico de represión. El segundo punto fuerte del informe de Anderson es su investigación apabullante de la masacre judicial llevada a cabo entre 1952 y 1960. Un total de 1.090 hombres fueron ahorcados por delitos relacionados con la rebelión «Mau Mau» cometidos durante el estado de emergencia. De éstos, 346 fueron ejecutados por asesinato, 472 por posesión de armas o municiones, 210 por simpatizar con rebeldes, y 62 por gestionar juramentos ilegales. Baring quería incluir la

posesión de materiales inflamables en la lista de delitos merecedores de la pena capital, pero el primer ministro Churchill se opuso a que se ahorcara a hombres por llevar cerillas. Anderson da nombres propios a muchas de estas víctimas, como Wakianda Gachunga, ahorcado por posesión de dos cargas de munición, y Karanja Hinga, por posesión de 13 y cuenta también como ocho prisioneros del campo de Emabakasi, tras maniatar a sus guardias y conseguir escapar, fueron capturados nuevamente y ahorcados por tener en su posesión las armas pertenecientes a dichos guardias. Pero más que estos detalles, lo que es impactante es la cantidad de ahorcamientos efectuados. Tal como señala Anderson, en Kenia se produjeron «más del doble de las ejecuciones de convictos de terrorismo realizadas en Argelia, y muchas más que en el resto de estados de emergencia decretados en las colonias británicas durante el periodo de la posguerra, incluyendo a Palestina, Malaya, Chipre, y Adén».

La rebelión de Kenia tiene que ser colocada en este contexto más amplio. Coincidió con la multiplicación de movimientos independentistas nacionales en toda África que consiguieron la independencia de la mayor parte de las colonias a principios de la década de los sesenta: primero en Sudán en 1956, luego en Ghana en 1957, y en gran parte de la África bajo dominio británico y francés después de 1960. Las excepciones a esta tendencia eran los Estados grandes con una importante población de colonos, como Angola, Mozambique y Zimbabue, donde se sucedieron guerras prolongadas hasta la década de 1970. En el caso de los dos primeros no obtuvieron la soberanía hasta 1975, el último hasta 1980. En este sentido, la independencia de Kenia, conquistada en 1963, puede considerarse temprana. Pero quizá el caso de Argelia permite una comparación más equiparable y reveladora, puesto que también allí había un gran número de colonos y un movimiento armado revolucionario forzó la retirada del poder colonial en 1962.

Anderson pretende relativizar de alguna manera las atrocidades cometidas por los británicos al hacer comparaciones con las matanzas llevadas a cabo por el Mau Mau. Pero así como es importante analizar de forma crítica la conducta de las fuerzas insurgentes, incluyendo la masacre brutal de Lari en 1953, sencillamente la dimensión de las atrocidades es incomparable. 32 colonos blancos fueron asesinados durante el estado de emergencia, y aproximadamente unos 1.800 africanos seguidores del gobierno. Pero, como indica Anderson, la cifra de rebeldes Mau Mau asesinados en combate supera con toda seguridad las 20.000 bajas, y Elkins indica, basándose en estimaciones de censos realizados, que cerca de 130.000 kikuyus perdieron sus vidas. ¿Pudo haber sobrevivido el dominio colonial, como en Rodesia, si el Movimiento no se hubiera levantado en armas? Con certeza, ninguna administración británica jamás se hubiese retirado por su propia voluntad. En efecto, fue el Movimiento quien, a pesar de tener todo en su contra, y enfrentar una espantosa represión, forzó a los británicos a retirar su apoyo a los colonos blancos para finalmente entregar el país a los nacionalistas moderados. Kenyatta, cuyo partido KANU arrasó en las

elecciones de 1963, se mostraba dispuesto a evitar el resurgimiento de la rebelión kikuyu, especialmente porque su administración y sus principales beneficiarios habían sido leales al gobierno británico. (Anderson muestra cierta simpatía hacia estos últimos, mientras que Elkins se muestra bastante más intransigente.) La línea oficial que se siguió en Kenia durante años, se hacía eco de las palabras que Kenyatta escribió en 1968: el «Mau Mau fue una enfermedad que ha sido erradicada y que nunca más se deberá recordar».

No obstante, las tumbas de los luchadores anticoloniales continuaron siendo lugares de peregrinaje, y las asociaciones de veteranos rebeldes poco a poco fueron emergiendo en medio de la vida pública. La cuestión de cómo conmemorar a los muertos y compensar a los supervivientes ha sido tema de amplia discusión desde la elección de Mwai Kibaki en 2002, cuya familia tuvo en su momento conexiones con el Movimiento. Sobra decir que esta discusión no se ha dado en la antigua ciudad imperial, donde impera una amnesia total de los crímenes cometidos por los británicos en Kenia, y donde las protestas contra la represión de la época fueron acalladas, exceptuando la matanza de los presos en el campo Hola en 1959, que fue condenada incluso por Enoch Powell. Para explicar esto, tanto Anderson como Elkins señalan la eficacia del gobierno en pintar a los opositores como villanos, insinuando que todo método era justificable al ser empleado sobre salvajes. Al parecer, la raza también fue un factor importante. Con todo, no deja de sorprender la forma en que ha desaparecido la conciencia sobre el estado de emergencia británico en los años posteriores. De hecho, la mayoría de las personas, incluyendo gente de izquierdas, saben bastante más sobre la mala conducta de los franceses en Argelia y la de los americanos en Vietnam, que la de su propio gobierno en Kenia.

¿Cómo se explica esta miopía? Uno de los mitos más duraderos sobre el Imperio británico tiene que ver con su final, recordado a menudo hoy en día en medio de una bruma de nostalgia, como una retirada digna, pacífica, y ciertamente algo muy diferente de las *mêlées* que acompañaron a la retirada francesa de sus colonias. Se han quedado en el olvido, entre otras, la catástrofe de la partición de la India, la represión brutal contra la insurgencia en Malaya, y la violenta campaña contra el Movimiento independentista de Kenia. Anderson y Elkins han repasado minuciosamente el importante material que cubre este tema, y ojalá sus obras eviten tales omisiones en el futuro. Ambos libros son de valiosa utilidad, ya que desafían las mistificaciones neoimperiales, sacando a la luz a las víctimas reales y poniendo sobre el tapete el verdadero coste de la descolonización.